

La calle para el viernes 17 de agosto de 2007
Diario de un espectador
Autorretrato de Frida
por miguel ángel granados chapa

Dentro de dos días, el domingo 19, cierra sus puertas la magna exposición sobre la obra de Frida Kahlo, en el centenario de su nacimiento, que en Bellas Artes ha sido vista por cientos de miles de personas, la mayor parte de las cuales tuvieron que hacer fila durante horas para ingresar en el espacio de exhibición. Todavía queda tiempo para sumarse a esa cantidad de espectadores. Y todavía queda tiempo para seguir leyendo lo que se ha escrito sobre la gran pintora.

Tomamos al efecto unas líneas de Margo Glantz, aparecidas en la *Revista de la Universidad de México*, tituladas "Autorretrato con collar.1933". Se refiere a ese cuadro famoso, pintado en la fecha indicada y a otros fechados años más tarde:

"En Anaís Nin, por ejemplo, el yo revela un narcisismo exagerado, un deseo permanente de teatralidad, de exhibición; en cambio, el autorretrato de Frida revela una íntima necesidad de reconocerse desde afuera. Me detengo: un diario es siempre una indagación. Nin materializa sus deseos y eterniza sus memorias, y en ellas ella es el centro. Frida es reiterativa y su acción pictórica es literal: su caballete y sus pinceles están situados enfrente del espejo y es así como ella pinta. La luminosidad del ambiente se revierte en el cristal de la mirada y la mirada se fija, curiosa, extenuada, en ese espejo que le devuelve un rostro. Rostro particular, rostro enmarcado por una masa capilar; se extiende y ramifica para decorar las zonas que hubiesen debido permanecer desnudas. El bigote, inusitado en una mujer —o por lo menos depilado en las que lo tienen— brota perfecto, más perfecto aún por la complacencia con que Frida lo coloca, pelo a pelo, sobre el labio superior en una convivencia estética y armónica con el cabello; crece sobre los ojos y se desliza hasta formar una línea continua sobre la nariz. Así, trenzas, bozo y cejas forman un todo continuo que animaliza y embellece, y prueba de ello es la cercanía de Frida, embelesada, con esos changuitos que, como su rostro, pululan en torno a ella. La proliferación de vegetación tropical en el fondo de sus cuadros, aun en aquellos que pudieran ser más sobrios, como el de la abuela Morillo, es la consecuencia directa de esa exageración. En sus obras hay una gestación y una fertilidad constantes, proliferan los frutos, el cabello, el color y el autorretrato.

Para ella la maternidad es fundamental. Pergrullada. Pero la maternidad falla porque el cuerpo está destrozado, perforado, dañado para siempre y la maternidad se aborta... La sangre, producto inmediato de cualquier maternidad es aquí solamente asesina. La sangre cuando mana de los agujeritos múltiples de la mujer que yace muerta en la cama .y ostenta en su cuerpo 'unos cuantos piquetitos'.....

Frida Kahlo se observa y de su mirada poblada surge el pincel (hecho de pelos de sus cejas) definiendo un yo que nunca acaba de asirse cabalmente y por lo mismo recomienza sin cesar ante nuestros ojos (y los suyos). Este autorretrato de 1933, mucho más sobrio, muestra una Frida reflexiva, pintada al óleo sobre una lámina (consejo de Diego Rivera), casi desnuda de atavíos, un collar de cuentas prehispánicas de jade --redondas e irregulares, color gris burgués—sobre el cuello delicado, amarillento, dejando un espacio razonable entre el escote y el encaje blanco que lo adorna. La mirada plácida, la boca muy bien delineada y el bozo delgadito, tenue; las mejillas coloreadas, los ojos serenos y la ceja unida, cayendo inoportuna sobre la nariz de alas anchas. El pelo alisado, con raya en medio y un cordón de lana gris rodea su cabeza, rematando esa apariencia de niña buena, un poco triste. Sólo una oreja, de límpido trazo, coronada por una pelusilla sedosa y oscura, parece evocar la sensualidad reprimida".